

MATE, Reyes

Memoria de Occidente: Actualidad de pensadores judíos olvidados

Anthropos, 1997

Esta obra, en la que se mira con detalle el valor filosófico de los pensadores judíos (F. Rosenzweig y H. Cohen, sobre todo) para decir conjuntamente la modernidad y la «judeidad» posibles, tras la crisis de ambas, no es una glosa erudita. Tiene como punto de llegada una ética de la compasión que arranca de pensar de nuevo la historia y el lenguaje. Es un itinerario de lectura que implica una fundación, ni beata ni ignara, de la responsabilidad moral y política de este momento, una tarea que se busca sus propios temas más allá de los repartos disciplinantes. Pone en acción un estilo intelectual que, en el caso de Reyes Mate, convoca a ver los elementos desdeñados tanto por los grandes albaaceas («Habermas es mío») como por los meros vigilantes del trabajo ajeno.

Los pensadores judíos —que ya fueron una de las señas de su libro anterior: *La memoria de los vencidos*— son en este caso un campo explícito para aclarar aspectos de nuestra delicada modernización que han quedado obviados o supuestos. Éste que Lévinas llamó en 1964 —35 aniversario de la muerte de Rosenzweig— el *judáismo emancipado*, abre una filosofía que, como dirá Cohen, pone delante, como problema ontológico, la pregunta por quién sufre. Por eso estimula este correcto y claro ejercicio que pretende —respecto de la tradición oculta— darle otra vuelta y rodeo. La historia no conta que comienza con los inmediatos modernos (de Lessing a Mendelssohn) en la estela de Hegel.

El hallazgo constructivo de Reyes Mate consiste en proponer un marco complejo de lectura en el que este linaje queda remitido al esclarecimiento del presente. En él, la crítica de Hegel a la cultura (capítulo VI de la *Fenomenología del espíritu*),

por su limitación a la mala infinitud, entronca con el diagnóstico weberiano de la invasión de una forma de racionalidad en todos los demás ámbitos. Mate refuerza el diagnóstico recordando la implantación política de este proceso intelectual: los males de la Ilustración no se solucionan con un repliegue en la razón ilustrada... (hasta aquí la parte epistémica), ocurre además que «los hijos de los vencidos no quieren conformarse con su suerte» (ésta es la punta moral y política que atiza el discurso).

Así es la comprometida estrategia del itinerario: mostrar cómo bajo la etiqueta de la *cuestión judía*, primero, y luego y sobre todo en la elaboración creativa del taller poshegeliano y postkantiano en el que se arriesgan los grandes pensadores judíos de este siglo, hay vetas como para suturar los desgarrones y las carencias de una razón que se vio impelida al triunfo sin mirar atrás.

Por eso, a mi entender, este relato de Reyes Mate puede volver a chocar a quienes defienden la compartimentación. Sobre todo porque deja abiertas preguntas fuertes que no se pueden cerrar con respuestas escolásticas. Señalo dos que atraviesan el libro: la incompatibilidad de los relatos y la contraposición ontológica de los autores.

La primera afecta al lector desde el principio y según el mismo itinerario propuesto por el autor. No se reniega de la razón ilustrada pero conviene ir un poco más allá de lo que ha brotado en sus entrebastidores, o incluso en los modos de razonar que se tenían por superados. Porque se puede decir: bien está recurrir a otras formulaciones que —por los filósofos elegidos— se ve claro que no son meras excrecencias piadosas que ignoran los pulsos de la razón occidental. Pero...

¿y si uno al entrar en esas formas de razonamiento que rescatan el relato religioso —y pueden usarlo incluso contra las artimañas de *lobbies* y parroquias— corre el riesgo de decaer de la capacidad crítica por simpatía con la *razón compasiva*?

La segunda cuestión, que se levanta entre las categorías de lectura, es la propia metáfora del haz y el envés, y puede decirse así: dado que la historicidad ilustrada ha hecho aguas, procedamos como apuntaron los «depuradores» de la tradición judía: neguemos de una vez la instancia jurídica de la historia. Aquí el autor es cuidadoso —hasta con sus propias contradicciones— y muestra con detalle un repertorio de implicaciones textuales: los que reniegan de Hegel no pueden negar que lo incorporan, los que vuelven a Kant ya han leído a Hegel y a Marx (quiero decir: a Max Weber), los que leen de modo ilustrado el relato judío no olvidan la fractura de la metafísica paraheideggeriana.

Para empezar, y como emblema, el Schopenhauer leído por Rosenzweig, como pensador antisistema pese a sus contradicciones, es una prueba de que hay más puentes que fosos entre unos y otros. Una de las rigideces que pretende remover este trabajo es la que se empecina en trazar una barrera ontológica entre judeidad y gentilidad como miradas. Es cierto que hay autoafirmaciones diferenciales, pero también lo es que un mismo entramado común, de época, es el que permite esta pregunta central: ¿cabe, como fruto de la misma ilustración, un pensamiento que no se cierre en sistema?

El derecho del revés

Para responder a esta cuestión mayor con aportaciones que despejen el miedo de los totalitarismos implícitos en las categorías metafísicas (desvelados por otra pensadora judía emancipada, Hannah Arendt), Reyes invita a una nueva lectura que supere el *bricolage* posmoderno. Pues, por

recordar lo inmediato, no se puede olvidar que Rosenzweig tuvo en ese sentido un desarrollo amplísimo en los contextos vecinos (desde los trabajos de Stéphane Moses, en Francia, a los innumerables modos de recepción entre los italianos: Vattino, Cacciari... y los incontables monográficos de AUT-AUT y las demás publicaciones filosóficas). Entre nosotros su *Estrella de la Redención* mereció comentarios y mostración de sus antecedentes (*El nuevo pensamiento*). Pero la escasez, si no carencia, de un itinerario contextualizado es la primera justificación de la oportunidad de esta obra de Reyes Mate.

Lo mismo ocurre con la vertiente judaica de Hermann Cohen, predecesor de Heidegger en Marburgo, a quien tanto Lévinas (que, al decir de su biógrafa Marie-Anne Lescourret, sólo le menciona en tres ocasiones) como el propio Rosenzweig mantienen un poco a distancia —tema que a Reyes Mate no le ocupa tanto ahora— por su demasiada asimilación a lo germano, lo sistemático e incluso la nación alemana.

Estos cuidados y matices son obligados al leer en el revés de la conducción que va de la modernidad a su crisis. Es decir, al pretender sacar luz de algunas sombras de pensadores a los que —reivindicadores como fueron de una forma viva de adscripción: el judaísmo que pretendía revitalizarse— les cayó encima el baldón del olvido desde la academia u otro, que Reyes Mate alude con suavidad: su canonización o apropiación desde posiciones confesionales conservadoras.

El objetivo explícito —pensar en serio los costes de la modernización— se cumple con creces, pues queda incompleto. Y esta paradoja forma parte del mismo punto de mira que se establece: abrir un observatorio para pensar los límites de la modernidad. Como éstos son mudables, porque van abriendo espacios de iluminación y de crisis cada vez más novedosos, no cabe cierre sino desde posiciones doctrinales o, etimológicamente, santifi-

cadoras (que recortan dejando fuera). Por ello la elección de este linaje de autores judíos: de los primeros racionalistas alemanes a los poslevinasianos, porque de todos ellos se puede aprender un gesto. Gesto que Reyes Mate califica como la traducción a lenguaje humano de algo que le viene de fuera.

Esa apropiación filosófica de experiencias narrativas o normativas (de la revelación al talmud) que sirven para pensar las condiciones del decir y del hacer, es la que puede resultar chocante para espíritus más avezados al encuadramiento o el anatema que da el uso policial del metalenguaje. Porque parecería que pensar lo vertido en modos discursivos religiosos (del judaísmo, por ejemplo) y su restauración en moldes racionales es algo ya actuado con Hegel y los suyos, y más aún: con los procesos sociales que abrieron la secularización. La oportunidad de ponerse ahora a leer por los márgenes de la razón moderna, a la que este libro invita, tiene algo más que una intención de colmar episodios de erudición académica. Tiene la pretensión de mirar de otro modo dos de los fetiches de la modernidad: el lenguaje y la moral.

El lenguaje es afirmado más como ámbito dotado de potencia inaugural que como «depósito» o «lugar determinado». La moral es vista tan de otro modo que ayuda a poner la filosofía toda sobre sus pies: adquiere el carácter de filosofía primera.

Estos dos enunciados los desarrolla este libro a través de los momentos previos a Rosenzweig y Cohen, y luego tras los efectos del legado de ambos. Reyes Mate los suscribe y muestra su articulación siguiendo una estrategia que forma, a mi entender, lo más original de este trabajo: parte de su despliegue histórico, para establecer su rango teórico. El punto de partida es mostrar cómo se forma la crisis de la modernidad, pero también cómo en su interior se constituye el síntoma de la cuestión judía: desde Schelling hasta Marx

acuden a este síntoma cuando quieren pensar en concreto el proyecto y las determinaciones del universalismo ilustrado. Pero desanudar el síntoma supone volver a leer con más decisión a quienes se han puesto como envés aparente de la modernidad cerrada a la hegeliana.

Reyes Mate ha trabajado haciendo tarea de intérprete —de traductor en más de un sentido— de señales que de otro modo podrían ser tomadas por repeticiones de «teologemas» para filósofos que gustan del gorgorito. Por ello es significativa la cita emblemática de Walter Benjamin con la que inicia el capítulo IV «Una filosofía de la experiencia».

Un comentario acerca de la realidad necesita un método totalmente diferente del comentario sobre un texto. En el primer caso la ciencia fundamental es la teología, en el segundo, la filología (*Passagenwerk*).

Fuera de la historia ¿hay salvación?

Queda, con todo, una piedra de toque que, sin avalar el etiquetado ontológico al que me he referido, deja abierta una apropiación diversa de este legado leído de manera no simple. La cuestión de la distancia respecto de los cierres sistémicos de la vida. Cuestión que, para las escolásticas aludidas, sólo tolera dos posiciones: o refugiarse en sagrado (y hacer *lobby*) o quedar a la intemperie.

Sería ésta una banal recepción de todo lo que Reyes Mate pone en juego. Primero porque quitaría agudeza a las contradicciones que biográficamente han sufrido los pensadores leídos. Segundo, porque aquéllos, incluso bajo el marbete más pietista que tuvieron en su momento, son menos pacatos y «divinos» de lo que sus acólitos salmodiantes quisieran hacer creer.

El problema que sigue picando es el de la honestidad moral de ponerse a resguardo desde posiciones de dominación. Su clave biográfica y teológica (de creer a

Benjamin, serían una misma clave) tiene el dramático fuste de una distancia crítica que se hace ontológica. La contraposición entre el tiempo de la historicidad y la anticipación en lo eterno «en el interior de la vida» marca un dualismo y una tensión formidables en Rosenzweig: es la fe judía la que está libre del «curso de la historicidad» (según expresión de 1914, *Collected Writings*, p. 289)... Libre de la obligación y del destino históricos, viviendo la visión de eternidad, el judío «debe permanecer como una cosa extraña y una incomodidad para el Estado y la historia del mundo». (Glatzer, N. *Franz Rosenzweig. His Life and Thought*. Schocken, 1953).

Tal vez nos hallaremos ante una pauta reguladora, creada... para saltársela, es decir, para modularla de muchas maneras (Scholen, apasionado erudito, lo es curiosamente de la cábala, enseñanza poco recomendable, si se me permite decirlo así, para el serio Lévinas, responsable de formar jóvenes; Rosenzweig se opone al Estado y va a la guerra, como el propio Lévinas; Benjamin habla de una forma de teología a la que delata su propia hiperestesia y mundanidad, etc.).

Por eso me parece que hay aquí elementos para remover el supuesto quietismo, o mejor, el ahistoricismo en sentido mostrenco, al que han llevado las lecturas veneradoras practicadas con los pensadores judíos (incluida la provocada por el extraño bautizo católico que hace años se intentó con Lévinas). Ambos —los supuestos quietismo y ahistoricismo— se abren, pues no cabe entender la historia como un código, sino como un itinerario que se hace desde la propia andadura vital. Si Lévinas —tal como recoge Reyes Mate— afirma que ser judío no consiste tanto en creer en Moisés cuanto en situarse al margen de la historia para poder juz-

garla y no someterse a sus dictados, esto implica aceptar que «no podría el judaísmo pretender plaza de principio inspirador de la modernidad, aunque se le reconozcan aportaciones substanciales suyas». Pero también implica pensar y hacer por uno mismo: acortar la distancia entre biografía e historia. Pensar a la vez fondo y figura.

Realizar la historia de lo impensado es una buena consigna para estos tiempos de glosa académica, de confesionalismos antiintelectuales, de pocas ganas de exponerse uno para cambiar algo las cosas. Eso supone no tanto volver a los armarios para arrojar libros a la cabeza, cuanto leer la realidad que vamos haciendo, no cerrar la vida como un libro para ritualizarlo en la reunión, sino abrirlo con lo que uno va escribiendo. Operación ésta que implica riesgos, ganas, voluntad de contar los hallazgos. Como hace Reyes Mate en las briznas finales de este libro, apuntando lo que será su próximo trabajo ya anunciado: las extrañas afinidades de Heidegger con la conceptualización de los pensadores judíos de entreguerras. Por eso leer bien una tradición como ésta es pensar moralmente, y luego ontológicamente, los nudos de la marginación. Aunque se apunta —para mi gusto demasiado sucintamente— el valor del judío como metáfora de formas mayores y diversas de exclusión, hay una apuesta por el trabajo de los márgenes. En palabras de Hannah Arendt: «poseer la verdad sólo contribuye a perturbar el despliegue de las virtualidades humanas, poniendo trabas a la tolerancia que exige tal despliegue».

Que los hallazgos de una memoria no vedada nos sorprendan trabajando.

José-Miguel Marinas

Universidad Complutense de Madrid